

fiscal tronó contra la inmoralidad de la escuela romántica, que estaba entonces en sus primeros albores, y se conocía bajo el nombre de *escuela satánica*, con que la bautizaron los críticos de la *Quotidienne* y del *Urislamme*; y atribuyó, no sin inverosimilitud, á la influencia de esa literatura perversa el delito de Champmathieu, ó por mejor decir, de Juan Valjean. Agotadas estas consideraciones, pasó á ocuparse del acusado. Hizo la descripción de lo que era dicho criminal. Un mónstruo vomitado por el infierno, etcétera etc. El modelo de esta clase de descripciones puede estudiarse en el Parlamento de Theramenes, que aunque no sirve para las tragedias, presta todos los dias grandes servicios á la elocuencia forense. El auditorio y los jurados "se estremecieron".

Cuando el fiscal terminó la descripción, tuvo un movimiento oratorio á propósito para excitar en el más alto grado, al dia siguiente, el entusiasmo del periódico de la Prefectura: "Semejante hombre, etc. etc., vagabundo, mendigo, sin medios de existencia, etc. etc., acostumbrado á acciones criminales y poco corregido por su estancia en el presidio, como lo prueba el crimen cometido contra Gervasillo, etc. etc.; semejante hombre fué cogido en la vía pública en flagrante delito de robo, á pocos pasos de la tapia escalada, con el cuerpo del delito en la mano, y niega el delito, el escalamiento, lo niega todo, niega hasta su nombre, niega hasta su identidad!

Además de estas pruebas, que no hay por qué repetir, cuatro testigos le reconocen: Javert, el íntegro inspector de policía, y tres de sus antiguos compañeros de ignominia, Brevet, Chenildieu y Cohepaille. Nada puede oponerse á semejante unanimidad, y el acusado, esto no obstante, persiste en negar que es Juan Valjean; pero vosotros hareis justicia, señores jurados, etc. etc."

Mientras estuvo hablando el fiscal, el acusado le oía con la boca abierta, con asombro, con admiración. Era indudable que estaba sorprendido de que un hombre pudiese hablar de aquella manera. De vez en cuando, en los momentos más enérgicos de la acusación, en esos momentos en que la elocuencia, no pudiendo contenerse, se desborda en un torrente de epítetos sonrojantes y anega al acusado, movía este infeliz lentamente la cabeza de izquierda á derecha, haciendo la protesta muda y triste que era frecuente en él desde el principio de

la vista. Los espectadores que estaban cerca del reo le oyeron decir dos ó tres veces á media voz:—¡Esto pasa por no haberse informado del señor Baloup!

El fiscal hizo notar al Jurado la actitud estúpida del reo, que indudablemente era fingida, y que revelaba, no la imbecilidad, sino la astucia y el hábito de engañar á la justicia, y ponía en evidencia la profunda perversidad de aquel hombre. Terminó reservándose para la causa por el delito contra Gervasillo y pidiendo para el acusado severa pena. Por de pronto cadena perpétua.

Levantóse el abogado defensor y empezó por complimentar al fiscal por su admirable palabra y continuó refutándole como pudo, pero débilmente: conocía que se hundía el terreno bajo sus piés.

## X.

## El sistema de negativas.

Llegó el momento de cerrar el debate. El presidente mandó al acusado que se levantara y le hizo la pregunta de costumbre:

—¿Teneis algo que alegar en defensa vuestra?

El reo se puso en pié dando vueltas á la gorra que tenia en la mano, como si no entendiese lo que se le preguntaba.

El presidente repitió la pregunta.

Entonces el acusado pareció haberla comprendido. Hizo un movimiento como si despertase de un sueño; paseó la vista por todas partes; miró al público, á los gendarmes, á su abogado, á los jueces; puso las enormes manos sobre la barandilla colocada delante del banco, y dirigiendo la vista al fiscal, empezó á hablar. Aquello fué una erupción de palabras que se escapaban de su boca, incoherentes, impetuosas, atropelladas, confusas, como si acudiesen en tropel para salir todas á un mismo tiempo. Véase lo que habló:

—Sí, tengo que decir algo. He sido carretero en Paris y he estado en casa del señor Baloup. Mi profesion era muy pesada; en el oficio de carretero hay que trabajar siempre al aire libre, en corrales ó debajo de cobertizos, pero nunca en sitios cerrados, porque habeis de saber que nunca hay el sitio suficiente. En invierno se pasa tanto frio, que se necesita golpearse los brazos para entrar en calor; pero esto no les gusta á los maestros, porque dicen que se pierde el tiempo. Manejar el hierro cuando las calles

están heladas es una cosa insufrible. Pronto se gastan los hombres con semejante trabajo; en este oficio llega uno á viejo en la juventud. A los cuarenta años está el hombre gastado: yo ya tenia cincuenta y tres y lo pasaba muy mal. Yo no ganaba más que seis reales diarios; me pagaban lo menos que podian, tomando por pretexto los maestros que yo tenia muchos años.

„Añádase á esto que yo vivia con mi hija, que era lavandera del rio; ganaba un poco, y con una cosa y otra íbamos tirando. Ella padecía mucho: estaba metida todo el dia en la banca hasta medio cuerpo, sufriendo la lluvia, las nieves y el viento, que le cortaba la cara. Cuando hiela es preciso lavar lo mismo, porque hay personas que tienen poca ropa y que están esperando á la lavandera para mudarse, y si ésta no cumpliera, perderia los parroquianos. Las tablas de las bancas están mal ajustadas y entra el agua por todas partes. Las faldas se mojan por fuera y por dentro, y la humedad penetra hasta la carne. Trabajó tambien en el lavadero de los Niños Desamparados, al que llega el agua por medio de cañerías. Allí no hay bancas. Se lava delante del cañon y se aclara en el estanque. Como aquel es un sitio cerrado, se tiene menos frio, pera el vaho del agua caliente es muy malo y ataca á la vista. Mi hija volvía á casa á las siete y se acostaba en seguida; venia rendida. Su marido la pegaba. Ya ha muerto: hemos sido muy desgraciados. Era una jóven que no iba nunca á los bailes; siempre estaba en casa. Me acuerdo que un martes de Carnaval se acostó á las ocho. Os digo la verdad. Preguntadme lo que querais. Qué bestia soy! Paris es un abismo. ¿Quién vá á conocer allí al tío Champmathieu? Sin embargo, me conoce el señor Baloup. Despues de todo, no sé lo que quereis de mí."

El acusado calló y continuó permaneciendo en pié. Habló con voz alta, ronca, dura, con ingenuidad airada y salvaje. Una vez se interrumpió para saludar á uno de los espectadores. Las afirmaciones que lanzaba, por decirlo así, á la ventura, salian de su boca como una especie de hipo violento, y acompañaba cada una con un gesto parecido al que hace el leñador al hendir la madera. En cuanto terminó, el auditorio se echó á reir. Miró al público, y no comprendiendo por qué se reía, se puso á reir tambien.

Triste fué aquel espectáculo!

El presidente, que era hombre atento y benévolo, habló á su vez, recordando á los jurados que el señor Baloup, antiguo maestro de carros, en cuya casa decia el acusado haber trabajado, se le habia citado inútilmente. Se habia declarado en quiebra y no pudo ser habido.

Despues, volviéndose hácia el acusado, le aconsejó que oyera lo que iba á decirle, y añadió:

—Vuestra situacion os pone en el caso de reflexionar. Sobre vos pesan gravísimas presunciones y os pueden reportar consecuencias capitales. Por vuestro propio interés os interpelo por última vez para que expliquéis con claridad estos dos hechos: Primero: ¿habeis escalado la tapia de Pierron, roto una rama y robado manzanas, es decir, habeis cometido un robo con escalamiento? Sí ó no? Segundo: ¿sois el presidiario Juan Valjean? Sí ó no?

El acusado movió la cabeza como si hubiese comprendido y supiese lo que iba á responder. Abrió la boca, se volvió hácia el presidente y dijo:

—En primer lugar...

Despues miró la gorra, miró al techo, y calló.

—Acusado, repuso el fiscal con voz severa, estad atento. No respondeis á nada de lo que os preguntan, y vuestra turbacion os condena. Es cierto que no os llamais Campmathieu y que sois el presidiario Juan Valjean, oculto bajo el nombre de Juan Mathieu, que era el apellido de vuestra madre; es cierto que habeis estado en la Auvernia, que sois hijo de Faverolles, de cuyo pueblo fuisteis podador. Es cierto que habeis cometido un robo de manzanas escalando la tapia de Pierron. Los señores jurados sabrán apreciar estos hechos.

El acusado, que concluyó por sentarse, se levantó con rapidez cuando terminó el fiscal y gritó:

—Sois muy malo! eso es lo que antes queria decir y no sabia cómo. Yo soy un infeliz que no puedo comer todos los dias. No he robado nada. Venia de Ailly, iba por el camino, despues de una tempestad que habia asolado los campos y los pantanos se desbordaban. Encontré al lado del camino una rama tronchada con manzanas, que estaba en tierra, y la recogí, sin creer que esto pudiera traerme disgustos. Hace tres meses que me tienen preso y me interrogan. Despues de esto nada tengo que decir.



Hablan contra mí y me dicen:—¡Responde! Un gendarme, que es un buen muchacho, me empuja con el codo y me dice en voz baja:—Contesta. Yo no sé explicarme, yo no he estudiado, yo soy un pobre infeliz. Es injusto no conocerlo. No he robado; he cogido del suelo una rama. Me habláis de Juan Valjean y de Juan Mathieu; no conozco á semejantes personas. He trabajado en casa del señor Baloup, que vive en el *boulevard* del Hospital, y me llamo Champmathieu. Sois mal intencionado al decirme dónde he nacido, porque yo no lo sabía. No todos los que nacen tienen casa donde nacer; eso sería muy cómodo. Creo que mis padres eran gentes que andaban por los caminos; no sé nada más de ellos. Cuando era niño me llamaban *El pequeño* y ahora me llaman *El viejo*. Hé aquí mis nombres de pila, y tomadlo como queráis. He estado en la Auvernia y también en Faverolles; ¿y qué? ¿no se puede haber ido á esos dos pueblos sin haber estado en presidio? Os repito que no he robado nada y que soy el tío Champmathieu, y me están fastidiando vuestras tonterías. ¿Qué motivo hay para que os encarniceis todos contra mí?

El fiscal, que permanecía en pié, se dirigió al presidente, diciéndole:

—Señor presidente, en vista de las negativas confusas y hábiles del acusado, que pretende pasar por idiota, pero que no lo conseguirá, pedimos al tribunal que se sirva mandar que comparezcan otra vez los condenados Brevet, Cochepaille y Chenildieu y el inspector Javert, é interpelarles por última vez acerca de la identidad del acusado y del presidiario Juan Valjean.

—Debo advertir al representante del ministerio público, contestó el presidente, que el inspector Javert, llamado por sus obligaciones á la capital de un distrito próximo, salió de esta ciudad en cuanto depuso su declaración. Le dimos licencia para eso con el consentimiento del señor fiscal y del defensor del acusado.

—Es cierto, señor presidente, repuso el fiscal; pero en ausencia del señor Javert, debo recordar á los señores jurados la declaración que hizo. Dicho inspector es muy estimado, porque honra con su rigurosa probidad un destino inferior, pero importante. Declaró en los términos siguientes:—“No se necesitan presunciones morales ni pruebas materiales que desmientan las negativas del acusa-

do, porque yo le conozco perfectamente. No se llama Champmathieu; es un antiguo presidiario de mala índole y muy temible que se llama Juan Valjean. Con repugnancia se le puso en libertad cuando terminó su condena. Sufrió diez y nueve años de trabajos forzados por robo calificado y por tratar de escaparse cinco ó seis veces. Además del robo de Gervasillo y del de las manzanas, sospecho que cometió otro en casa del difunto obispo de Digne. Le ví muchas veces en la época en que yo era ayudante de cómitre en el presidio de Tolon. Repito que le conozco.”

Esta terminante declaración produjo viva impresión en el público y en el Jurado.

El fiscal insistió en que fuesen oídos por última vez los tres testigos Brevet, Cochepaille y Chenildieu.

El presidente dió la orden al portero de estrados, y un momento despues se abrió la puerta de la sala de los testigos. El portero, acompañado de un gendarme, introdujo al presidiario Brevet.

El auditorio quedó como en suspenso; todos los corazones palpitaban como si tuviesen una sola vida.

El presidiario Brevet vestía el traje negro y gris de las prisiones centrales. Frisaría en los sesenta años y tenía facha de hombre de negocios y aire de pícaro, dos cualidades que van juntas algunas veces. En la cárcel adonde le condujeron sus fechorías había llegado á ser calabocero. Era hombre del que sus superiores decían: Procura ser útil. Los capellanes atestiguaban que tenía hábitos religiosos: no hay que olvidar que esto sucedía en la época de la Restauración.

—Brevet, dijo el presidente, habeis sufrido una pena infamante y no podeis jurar.

Brevet bajó la vista.

—Esto no obstante, repuso el presidente, hasta en el hombre que la ley degrada puede quedar, cuando la misericordia divina lo permite, un sentimiento de honor y de equidad. Apelo á ese sentimiento en estos momentos decisivos. Considerad por una parte que podeis perder al acusado, y por otra que podeis ayudar á la justicia. El instante es solemne y podeis aun retractaros si os habeis equivocado.—Acusado, levantaos.—Brevet, miradle bien; reunid vuestros recuerdos y declarad si persistís en reconocer en este hombre á vuestro antiguo compañero de presidio Juan Valjean.

Brevet contempló al acusado, y volviéndose hácia el tribunal, contestó:

—Sí, señor presidente. Soy el primero que le reconocí. Ese hombre es Juan Valjean, que entró en el presidio de Tolon en 1796 y cumplió la condena en 1815. Yo salí un año despues. Ahora tiene aspecto de estúpido, pero eso debe consistir en que le habrá embrutecido la edad. En el presidio era muy socarron, pero le reconozco perfectamente.

—Id á vuestro asiento, dijo el presidente. Acusado, seguid de pié.

Entró en la sala Chenildieu, presidiario perpétuo, como lo indicaba su chaqueta roja y su gorro verde. Sufria su condena en el presidio de Tolon, del que salió para declarar en este proceso. Era un hombrecillo de cincuenta años, vivo, arrugado, feo, pálido, nervioso y descarrado. Todos sus miembros sufrían una especie de debilidad enfermiza, y su mirada poseía fuerza inmensa.

El presidente le hizo las mismas preguntas que á Brevet. En el momento en que le recordó que su infamia no le permitía jurar, Chenildieu levantó la cabeza y miró al público con descaro. El presidente le amonestó para que se reportara, y le preguntó, como á Brevet, si conocía al acusado.

—Vaya que le reconozco! contestó Chenildieu soltando la carcajada. Hemos pasado cinco años atados á la misma cadena. ¡No te enfades por eso conmigo, antiguo camarada!

—Id á vuestro asiento, le dijo el presidente.

El portero trajo á Cochepaille, que era otro presidiario perpétuo, é iba vestido como Chenildieu; era natural de Lourdes y un semi-oso de los Pirineos. Había guardado ganado en la montaña, y de pastor pasó á ser bandolero. No era menos salvaje que el acusado y parecía aun más estúpido. Era uno de esos infelices que la naturaleza crea bestias feroces y que la sociedad acaba por hacerlos presidiarios.

El presidente trató de conmoverle pronunciando palabras graves y patéticas, y le preguntó, como á los dos testigos anteriores, si persistía en reconocer al acusado.

—Es Juan Valjean, contestó Cochepaille. En el presidio le llamábamos Juan Cábria, por su fuerza colosal.

Cada una de las afirmaciones de estos tres hombres, sin duda sinceras, suscitó en el auditorio un murmullo de triste agüero para el acusado, murmullo que

crecía y se prolongaba más tiempo cada vez que una nueva declaración confirmaba la anterior. El acusado las oía atónito, con el asombro que, segun la acusación, era su principal medio de defensa. A la primera declaración los gendarmes que estaban á su lado le oyeron decir:—Ah, éste también!...—Despues de la segunda, dijo en voz más alta y con aire casi satisfecho:—Bien!—Y al oír la tercera, gritó:—Muy bien!

El presidente le interpelló:

—Acusado, habeis oído? ¿Qué teneis que decir?

El acusado respondió:

—Digo... que está bien... ¡Que eso es magnífico!...

En el público estalló tal rumor que llegó hasta el Jurado. Aquel hombre estaba perdido sin remedio.

—Porteros, dijo el presidente, imponed silencio.

En este instante prodújose un movimiento cerca del presidente, y una voz gritó:

—Brevet, Chenildieu, Cochepaille! ¡mirad hácia aquí!...

Todos cuantos oyeron aquella voz quedaron helados. ¡Tan lastimera y tan terrible fué! Todas las miradas se dirigieron al sitio de donde salía. Un hombre, colocado entre los espectadores privilegiados, que estaba sentado detrás del tribunal, acababa de levantarse, y empujando la puertecilla de la baranda que le separaba del tribunal, se puso en pié en medio de la sala. El presidente, el fiscal, Mr. Bamatabois y otros muchos le reconocieron, y exclamaron á la vez:

—El señor Magdalena!

## XI.

Champmathieu está cada vez más asombrado.

Era, efectivamente, el alcalde de Montreuil-sur-Mer. El quinqué de la mesa del escribano iluminaba su semblante. Llevaba el sombrero en la mano, no había desorden en su traje y conservaba abotonada la levita. Estaba muy pálido y temblaba imperceptiblemente. Su pelo gris se había vuelto completamente blanco. Había encanecido en una hora.

Todos los asistentes se volvieron á mirarle. La sensación que produjo es indescriptible. Hubo en el auditorio un instante de duda. Su voz fué tan penetrante y aquel hombre parecía tan sere-



no, que al pronto nadie comprendió lo que aquello significaba. Preguntábase unos á otros quién era el que gritó, no pudiendo creer que un hombre tan sereno hubiese arrojado en medio de la sala de la audiencia tan espantoso grito.

Pero esta duda solo duró algunos segundos. Antes de que el presidente ó el fiscal pudiesen pronunciar una sola palabra, antes de que los gendarmes ó los porteros hubiesen podido hacer alguna demostracion, el señor Magdalena se acercó á los testigos Brevet, Cochepaille y Chenildieu y les preguntó:

—No me reconocéis?

Los tres quedaron atontados, indicando con un movimiento negativo de cabeza que no le reconocían. Cochepaille, intimidado, le hizo un saludo militar. El señor Magdalena, volviendo la cabeza hacía los jurados del tribunal, dijo:

—Señores jueces, mandad que pongan en libertad al acusado. Señor presidente, mandad que me prendan. El hombre que buscáis no es él; soy yo. Yo soy Juan Valjean.

El auditorio ni siquiera respiraba. A la conmocion del asombro siguió un silencio sepulcral. Sentíase en la sala el terror religioso que sobrecoge á la multitud cuando vá á realizarse algun acto grandioso.

En la fisonomía del presidente estaban retratadas la simpatía y la tristeza, y cambió un gesto rápido con el fiscal y algunas palabras en voz baja con los jurados. Dirigiéndose despues al público, preguntó con entonacion que todo el auditorio comprendió:

—¿Hay algun médico entre la concurrencia?

El fiscal tomó la palabra y habló así:

—Señores jurados, el incidente extraño é inesperado que acaba de pasar me inspira, lo mismo que á vosotros, un sentimiento que no necesito expresar. Todos conocéis, por lo menos de nombre, al respetable señor Magdalena, alcalde de Montreuil-sur-Mer. Si hay algun médico entre los asistentes, unimos nuestra voz á la del señor presidente para rogarle que examine al señor Magdalena y le acompañe á su casa.

El señor Magdalena no dejó concluir al fiscal, interrumpiéndole con un acento lleno de mansedumbre y de autoridad. Pronunció las siguientes palabras literales, que escribió un testigo presencial de aquella escena:

—“Os doy las gracias, señor fiscal, pero no he perdido el juicio. Os lo voy á

probar. Estábais á punto de cometer una gran injusticia; dejad libre al acusado. Al denunciarme cumplo con mi deber; yo soy el criminal que buscáis. Soy el único que vé claro aquí; os digo la verdad. Dios desde el cielo juzga lo que yo hago en este instante, y esto me basta. Podeis prenderme, porque yo mismo me entrego. Mirando por mi propio interés, he vivido mucho tiempo con otro nombre; llegué á ser rico, me nombraron alcalde y quise vivir y alternar con los hombres honrados; pero ya he visto que eso no puede ser. Robé á monseñor el obispo de Digne, esto es verdad; robé á Gervasillo, esto es verdad tambien. Tuvisteis razon para decir que Juan Valjean era un desgraciado y un perverso, pero no fué suya toda la culpa. Creedme, señores jueces, un hombre tan infamado como yo no debe quejarse de la Providencia ni aconsejar á la sociedad; pero ya estais viendo que es cosa nociva la infamia de que quise desprenderme, y que el presidio hace al presidiario. Sobre esto debeis meditar. Antes de ir á la cárcel era yo un pobre aldeano, casi rústico, casi idiota, y el presidio me transformó. Era estúpido y me volvió perverso; era leño y me convirtió en tizon. Más tarde la bondad y la indulgencia me salvaron de la perdicion á que antes me arrastró la severidad. Pero perdonadme si os hablo de lo que no podeis comprender. En mi casa, entre la ceniza de la chimenea, encontrareis la moneda de dos francos que hace siete años robé á Gervasillo. Nada tengo ya que decir: prendedme. Veo que el señor fiscal mene la cabeza dando á entender que á Magdalena se le ha trastornado el juicio. No me creéis! Esto es lo más triste. Al menos no condeneis á un inocente. ¡Los testigos tampoco me reconocen! Si Javert estuviese aquí, él sí que me reconocería.”

Imposible es expresar la melancolía triste y tranquila que acompañó á sus últimas palabras.

Volviéndose despues hácia los testigos, les dijo:

—Nos conocemos, Brevet; ¿os acordais?...

Se interrumpió, vaciló un instante y añadió:

—¿Te acuerdas de aquellos tirantes de cuadros que usabas en el presidio?

Tuvo Brevet una sacudida de sorpresa, y espantado, le miró de piés á cabeza.

—Chenildieu, tienes quemado todo el

hombro derecho, porque te echaste un día sobre un brasero encendido para borrar las tres letras T. F. P., que aun se conocen bastante. Responde: es verdad?

—Es verdad! contestó Chenildieu.

Dirigiéndose luego á Cochepaille, le dijo:

—Tú, Cochepaille, tienes cerca de la sangría del brazo izquierdo una fecha grabada con letras azules y con pólvora quemada. La fecha es la del día del desembarque del emperador en Cannes el 1.º de Marzo de 1815. Destápate la manga.

Cochepaille obedeció, y todos los concurrentes contemplaban su brazo desnudo; un gendarme acercó una luz y se cercioraron de que el señor Magdalena decia la verdad.

El desventurado se volvió hácia el auditorio y hácia los jueces, sonriendo de un modo indescriptible; su sonrisa indicaba su triunfo y su desesperacion.

—Podeis ya convenceros, dijo, de que soy Juan Valjean.

No habia ya en aquel recinto ni jueces, ni acusadores, ni gendarmes; solo habia ojos fijos y corazones conmovidos. Nadie se acordaba ya del papel que tenia obligacion de desempeñar; el fiscal olvidó que estaba allí para acusar, el presidente para presidir y el defensor para defender. Nadie preguntó nada al señor Magdalena, no intervino contra él ninguna autoridad. Los espectáculos sublimes se apoderan del alma y convierten en meros espectadores á todos los que los presencian. Ninguno quizás se daba cuenta de lo que por él pasaba; ninguno podia decir tal vez que veia allí una gran luz, y sin embargo, interiormente todos estaban deslumbrados.

Estaban todos convencidos de que Magdalena era Juan Valjean. Su aparicion bastó para poner en claro aquel asunto, antes tan oscuro. Sin necesidad de ninguna explicacion, toda la concurrencia comprendió en seguida, como por medio de revelacion eléctrica, la sencilla y magnífica historia del hombre que se entregaba para impedir que por él condenasen á un inocente. Los detalles, las dudas, las resistencias posibles, se perdieron en este hecho vasto y luminoso. Fué rápida esta impresion, pero irresistible.

—No quiero perturbar vuestra atencion por más tiempo, repuso Juan Valjean. Ya que no me prenden, me voy. Tengo mucho que hacer. El señor fiscal me conoce ya y sabe dónde voy; pue-

de cuando quiera mandar que me prendan.

Magdalena se dirigió á la puerta de salida. Ni se oyó una voz contra él, ni nadie extendió el brazo para detenerle; al contrario, todos se apartaron para que pasase. Juan Valjean habia adquirido en aquel momento esa superioridad que obliga á la multitud á retroceder delante de un hombre. Atravesó por entre la concurrencia á paso lento: no se supo quién abrió la puerta, pero estaba ya abierta cuando llegó á ella, y al salir dijo:

—Señor fiscal, estoy á vuestra disposicion.

Despues añadió, dirigiéndose al auditorio:

—Todos creéis que soy digno de compasion. No es verdad? Pues yo me creo ahora digno de envidia, y sin embargo, preferiria que nada de esto hubiera sucedido.

Salió, y la puerta se cerró como se habia abierto; porque los que ejecutan acciones magnánimas deben estar seguros de encontrar siempre sirvientes entre la muchedumbre.

Una hora despues el veredicto del Jurado declaraba inocente á Champmathieu, que fué puesto en libertad en seguida y que salió de allí estupefacto, creyendo que todos aquellos hombres estaban locos y sin comprender nada de lo que oyó y presenció.

## LIBRO OCTAVO.

### Reaccion.

#### I.

Espejo en que Magdalena se mira el cabello.

Empezaba á amanecer. Fantina habia pasado una noche de fiebre y de insomnio, mecida por halagüeñas esperanzas, y no se quedó dormida hasta la madrugada. Sor Simplicia, que pasó la noche velándola, aprovechó aquel sueño para prepararla una nueva pocion de quinina, y hacia algunos minutos que estaba en el laboratorio de la enfermería, entre drogas y redomas, cuando de pronto volvió la cabeza y dió un grito: el señor Magdalena, que entró silenciosamente, estaba delante de ella.